

¿Hacia dónde marcha el teatro chileno? La misma pregunta con el mismo angustiado acento podría repetirse para todo el teatro latinoamericano. Pero vamos a lo nuestro, a lo que conocemos, a lo que nos pertenece: la angosta faja de tierra que se llama Chile y que el mar, la cordillera y el desierto parecen pretender aislarla del resto del mundo.

Durante una década se ha cacareado el resurgimiento del teatro chileno. Y efectivamente lo ha habido. Pero el niño precoz, se ha convertido en adolescente y ya no satisfacen los primeros y promisoros balbuceos. Se pretenden realizaciones y los balbuceos continúan. Se exige el avance y en muchos aspectos, se retrocede. ¿Por qué? ¿Será una crisis de crecimiento? ¿Nos encontramos en esas planicies que sirven de descanso a un movimiento ascendente? Se está demasiado encima del fenómeno para juzgar sus proyecciones. El hecho es que la actualidad no satisface, que da la impresión que se ha perdido la ruta.

Veamos la cartelera, para justificar estas premoniciones pesimistas. Los pequeños teatros comerciales han descubierto lo peor que España nos puede ofrecer. El hecho no es insólito. Hace 30 años sucedía lo mismo. Alfonso Paso reina en las carteleras de esas salas: "Vamos a contar mentiras", "Aurelia y sus hombres" y otros títulos del prolífico comediógrafo, satisfacen las apetencias de un teatro digestivo, ensayado apresurada e improvisadamente. En otra sala Ruiz Iriarte nos entrega "Cuando ella es la otra". En el mundo existe un tremendo movimiento escénico, pletórico de nuevas formulaciones, comprometiéndose o evadiéndose de una realidad que aprieta y obliga a tomar posiciones y, en Santiago de Chile, la mitad de los teatros nos ofrecen a Paso y a Ruiz Iriarte.

Pero eso sucede con las salas sin pretensiones. También hemos tenido a Durrenmatt. Un Durrenmatt que ha sido mal representado por un grupo joven y pujante, el "ICTUS" y que ha sido mal representado por un grupo antiguo y de prestigio, pero estancado cual es el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile. Los primeros dieron "La Visita de la Vieja Dama". Fué un éxito y la obra se lo merece, pero en "Los Físicos", Durrenmatt nos asombra. ¿Dónde está su penetrante inteligencia analítica? En el campo ideológico, la pieza nos resulta obvia, elemental, carante de profundidad. No basta tener un excelente tema entre manos. Es necesario desarrollarlo. Durrenmatt no lo hace, se queda en un juego externo y estéril.

El teatro chileno contemporáneo nos ofrece dos piezas. Pretenden ser polémicas y ~~xxx~~ ambiciosas. El resultado, empero, no satisface. Isidora Aguirre, copia burdamente la técnica de Brecht en "Los Papeleros" y con frívola posición ideológica, confunde al submundo de los pordioseros que comercian con la basura, con la clase obrera. Eugenio Guzmán, uno de los directores mejor dotados de nuestro medio, aumenta la confusión al pretender sin éxito incorporar la técnica de actuación del teatro revestirla a un drama que no se presta para el experimento.

EL "ICTUS" estrena una nueva obra de Jorge Díaz. Como de costumbre, la crítica importante se maravilla ante la pieza. Pero Díaz que produce con una

proliferidad sólo comparable a la de Antonio Paso, se ha estereotipado en sus recursos. Su tema es importante: una sátira a la caridad internacionalmente organizada, pero la caricatura es tan basta, se aleja tanto de la realidad, que el juego que se desarrolla en el escenario resulta frío, previsto, carente del hálito humano que precede a toda obra de arte.

Son experiencias, búsquedas, tentativas. Pero ni en el campo de la creación dramática, ni en el de la interpretación y puesta de escena, se advierte una posición estética que defender o seguir. Tiros lanzados al aire ~~para~~ para ver si se acierta a lograr una presa. La fácil presa del éxito. En resumen, frivolidad.

SERGIO VODANOVIC